

# LA CRISIS QUE NO CESA

**U**NA trampa", dijeron los ucedistas, los gubernamentales, que fue la sesión del Congreso del miércoles de la semana pasada. A eso hemos llegado en esta democracia: que cuando se debate o se discute algo trascendental para el país como es un cambio en Ministerios clave del Gobierno, sin explicación suficiente, y con ellos puede sospecharse que la base del país —la economía— pueda cambiar seriamente y, con ella, el remedo de consenso entre los grupos parlamentarios, que cuando nos acercamos a la normalidad parlamentaria —aunque sea rozando las paredes estrictas del reglamento—, se entienda que es "una trampa". La realidad es que toda esta política española que soportamos desde hace años es un ir trampeando, conllevando como podemos los achaques y los imprevistos. Ciertamente que la política es maniobra: pero no puede ser sólo maniobra. "Gobernar es prever", se ha dicho. Aquí se gobierna a salto de mata. Aquí detrás de cada mata puede saltar un argelino o un marroquí, o un ultra, o un ataque a la libertad de expresión, o incluso un debate parlamentario. El cazador está siempre cazado. Y el presidente del Gobierno tiene que perturbar su previsión para no viajar al extranjero por si sucede algo: y, cuando sucede, le alcanza en su palacio de la Moncloa, entre asesores y consejeros, tejiendo y destejiendo, sin enterarse de nada, mientras en el Parlamento su Gobierno está arrollado, desarbolado, defendido solamente por una falta de Constitución real y por unos arreglos previos que impiden que sea enteramente responsable ante las Cortes: si lo hubiese sido, en otro país, el Gobierno hubiera caído en España el 1 de marzo, en lo que el señor Pérez Llorca —UCD— llamaría después "emboscada parlamentaria".

**C**LARO que no hay demasiado interés en la misma oposición por que el Gobierno caiga ahora: nadie sabe lo que vendría después, y todos lo temen. Esto forma parte de la otra trampa, de la gran trampa colectiva. El Gobierno, por la moción votada, queda emplazado a un gran debate, que será en el primer pleno que se celebre en el mes de abril: tiene un mes largo para prepararse. No tanto a responder en ese debate a aquello por lo que se le emplaza —explicación por cese y nombramiento de ministros, discusión sobre la situación económica, posible actualización del pacto de la Moncloa, exposición pormenorizada del proceso político, económico y social en la etapa constituyente—, sino a ir trampeando otro vez. A ir

pactando, enfrentando adversarios, haciendo un trueque de concesiones. Se dice ahora que la táctica prevista por el señor Suárez podría ser la de las negociaciones individuales: con jefes de partido. Como las que precedieron a las reuniones de la Moncloa y que tan útiles le fueron. Quizá, en algún caso, suficientemente apoyadas. El señor Fraga, al día siguiente del debate trágico en el que se sumó a comunistas y socialistas, para demostrar hasta qué punto puede tener en un momento dado capacidad de arbitrio y cómo el menguado poder que tiene puede resultar



multiplicado por la oportunidad, fue visitante de la Zarzuela, antes de serlo de la Moncloa.

**L**A presión para una nueva tanda de reuniones del pacto de la Moncloa viene del secretario general del PCE, señor Carrillo, que fue uno de sus principales propulsores. No desarma. Pretendería ahora lo que pretendió entonces y no ha dejado de pretender: sustituir el Gobierno de concentración por una especie de comité de

vigilancia del pacto de la Moncloa, siguiendo el ejemplo de lo que sus colegas pretenden en Italia. No lo consiguen fácilmente éstos de Andreotti, no lo conseguirá el PCE del señor Suárez: pero en él está pedirlo, hasta exigirlo. Podría el PSOE, podría el propio partido de Alianza Popular, mantener las conversaciones bilaterales. Y discutir con el señor Suárez la cuestión de calendarios. Que es trascendental, y que ha sido objeto del contragolpe de la UCD al debate del día 1. Al día siguiente mismo, en la Comisión del Interior del Congreso, la UCD escamoteó la fecha de las elecciones municipales. Ojo por ojo. Si un día le rompen el consenso en el pleno, al otro lo rompen ellos en la Comisión. "¡Los límites de la desverguenza...!", comenzó a exclamar el señor Galeote —socialista— al ver la trampa, con gran espanto del presidente de la Comisión. Pero nadie pudo impedirle que declarase: "Nos han engañado de una manera miserable". Como un eco de las exclamaciones de "Trampa" y "Emboscada" del día anterior. La UCD-Gobierno tiene ahora en sus manos el largo aplazamiento de las elecciones municipales. No es sólo una "vendetta": es una táctica. Las está posponiendo desde hace tiempo. Desde que descubrió la argucia de que podía ir trampeando —también— con los actuales concejales y alcaldes, o sustituyéndolos a medida que se presentara la ocasión por leales —caso de la transmutación del aliancista Arespachoga, de Madrid, en el ucedista Alvarez— para anticipar las legislativas, si es que le conviene disolver las Cortes cuando haya Constitución. Alcaldes cómodos o dispuestos a hacer méritos podrían llegar a ser excelentes agentes electorales, sobre todo en la España rural y en las poblaciones no muy grandes. Las municipales huelen a izquierdas. Si es así, que sea después de haber rellenado otra vez las Cortes de UCD, utilizando para ello todos los resortes del poder y del subpoder: alcaldes y concejales, gobernadores, presidentes de Diputación, funcionarios de todos los niveles, prensa "del Movimiento" asimilada, radios, televisión. Cuanto antes se haga, menos posibilidades tendrá el PSOE de constituirse en alternativa de poder, o de pasar de esa teoría a una práctica real; y menos el PCE de ganar puntos en el tema del Gobierno de concentración, o del comité de vigilancia y control de los pactos de la Moncloa. Y más ocasiones tendrá el señor Suárez de demostrar a la gran derecha que la gran derecha es él. Y en demostrar a la oposición que tiene todos los poderes en la mano y que lo que conviene es pactar.





La maniobra del Gobierno ha servido para distanciarle de la izquierda, sin granjearle todavía la confianza de la derecha. Sobre estas líneas, el primer Consejo de Ministros tras el último —y todavía no explicado— "reajuste".

**P**ODRIAMOS pensar que la fecha del 1 de marzo, como la de la primera vez que el Gobierno se encuentra en minoría en el Congreso, es una fecha histórica? Puede ocurrir que solamente sea un accidente, un suceso. Tendría valor si fuera el principio de una serie de debates sobre los grandes temas pendientes que el Gobierno no resuelve. El primero, indudablemente, sobre el desarrollo constitucional: no sólo el del examen, enmienda y aprobación final de la Constitución, sino el del enorme cuerpo legislativo a que va a dar lugar la modificación de la realidad española para adecuarla al texto. Pero hay pendientes temas inmediatos, que el país no puede esperar. Está el gran debate sobre la economía; está el que debería presidir una reforma agraria de envergadura, tan imprescindible como que hay chispazos continuos y tan importantes como los que se han visto en el campo andaluz la semana pasada; hay pendiente un gran debate sobre la cultura, nunca tan destrozada como desde que existe un Ministerio del ramo y de la que sólo parecen ocuparse, de

vez en cuando, algunos senadores con deformación profesional; está todo el debate de la política exterior y la petición de responsabilidades al señor Oreja por la forma en que se le va de las manos...

**E**S indudable que todo ello no cabe ni en acuerdos bilaterales de "do ut des" con los partidos principales o arbitrales, ni siquiera en una refundición del pacto de la Moncloa. Menos cuando el pacto de la Moncloa fue un "espíritu", y no hay menos definible que un "espíritu" —en metafísica, en parapsicología o en política, que tantas relaciones tienen entre sí— y más sujeto a interpretaciones dispares. Pero, como se ha repetido tantas veces, la limitación y distanciamiento de los debates parlamentarios, el funcionamiento sustitutivo de las comisiones y los diálogos entre "hombres fundamentales" no lo han permitido.

**N**O hay que tener, por lo tanto, mucha esperanza de que lo sucedido el 1 de marzo en el Congreso sea el principio de algo, sino más bien un suceso, un acciden-

te. Y una demostración, un lenguaje interno. Una amenaza de los partidos de que pueden llevar al Gobierno al límite de la catástrofe —pero, ojo, nunca un centímetro más allá—; como al día siguiente el Gobierno demostraba que puede jugar con otros elementos para presionar sobre los partidos.

**E**N TRE tanto, el Gobierno no ha salido de sus crisis. No está en el Congreso, sino en su interior. Va a la deriva por su propio lago. Lo que se ha visto es que la derecha en la que está sustentado no confía. Apenas había remendado su Gobierno cuando la Bolsa continuaba bajando, como una muestra de que las exigencias son aún mayores. Y representantes muy definidos del gran capital seguían declarando su incredulidad. La maniobra del Gobierno ha servido para distanciarle de la izquierda, como se ha visto, sin granjearle todavía la confianza de la derecha. La crisis no ha cesado. Puede decirse que es una crisis permanente, a pesar de la fortaleza con que juega todos sus mecanismos de seguridad. ■